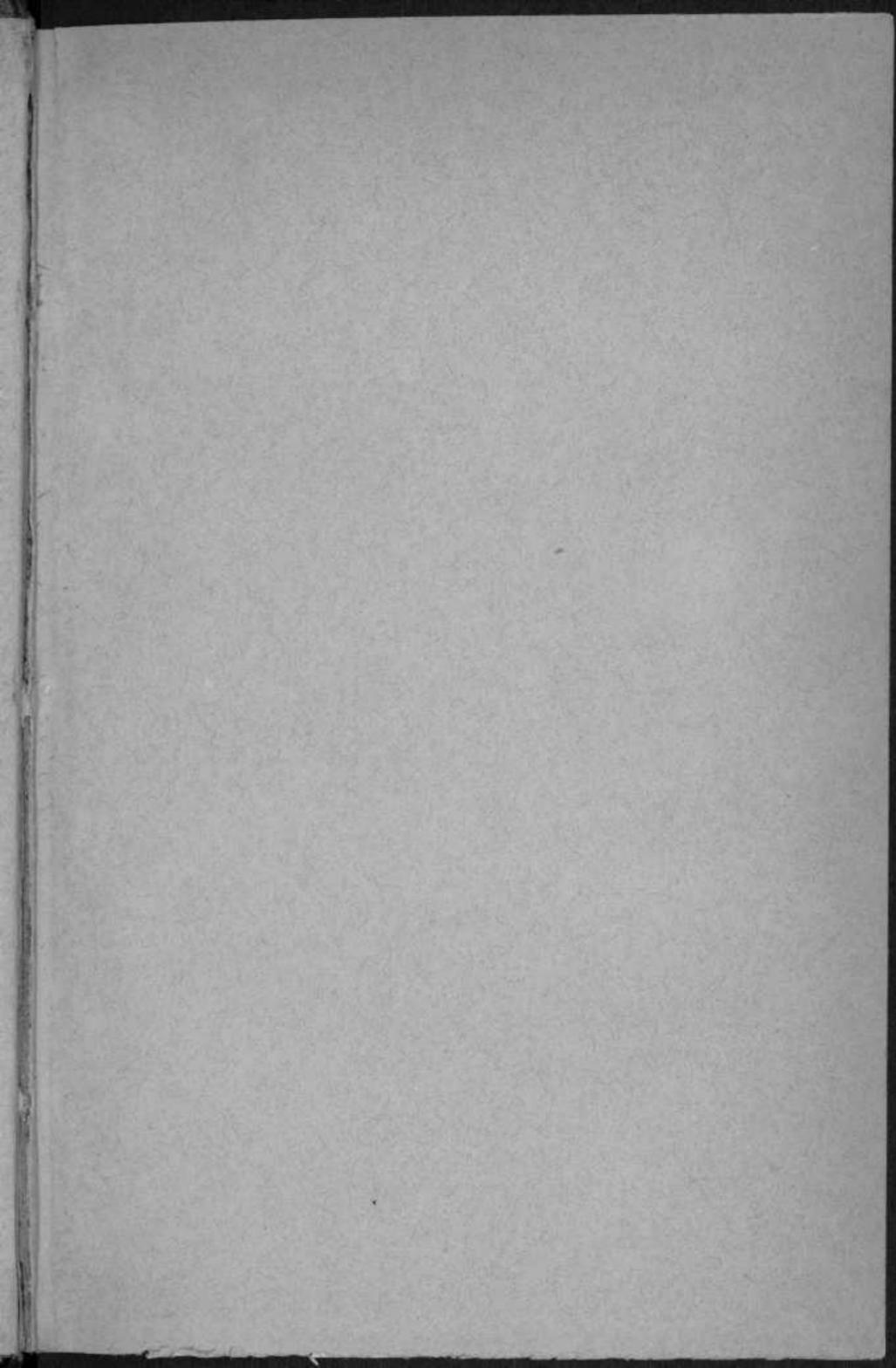
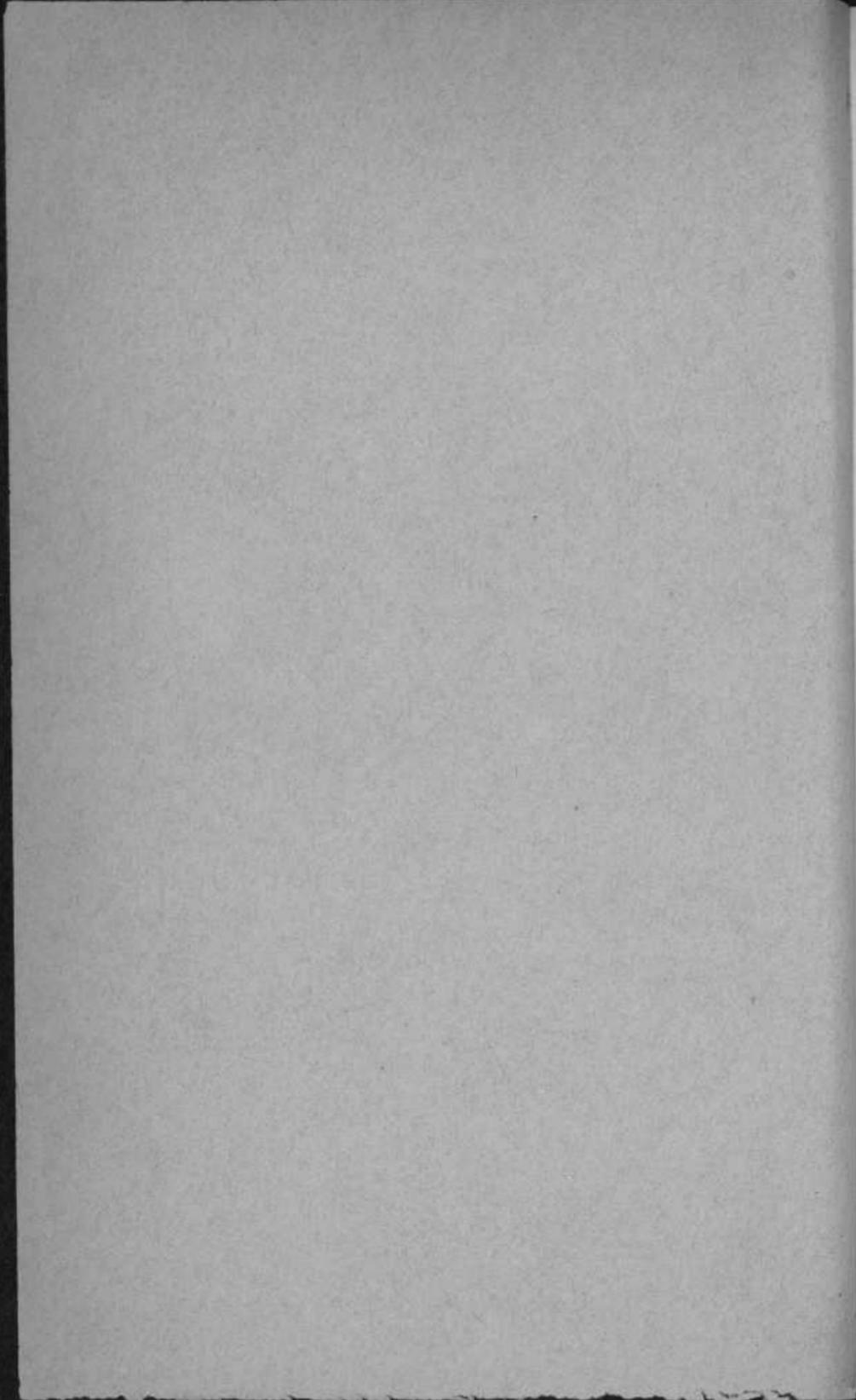
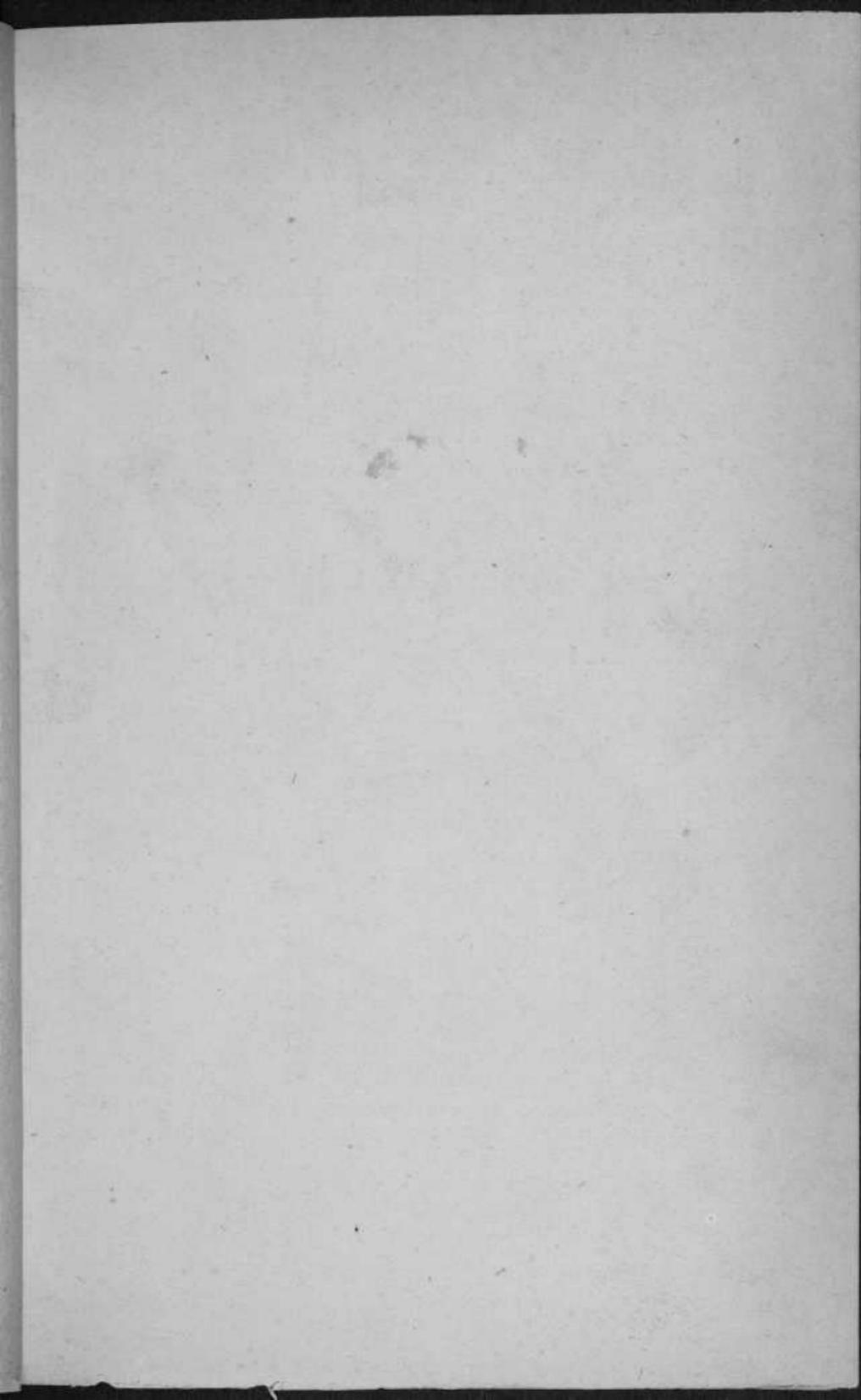


331

14831







THE HISTORY OF THE

EL CAMINO DE LA DICHA.

DE LA
DE LA

EL GALLINO DE LA UICHA

DE LA UICHA

**EL CAMINO
DE LA DICHA.**

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

MADRID.

Imprenta de EL CASABEL, á cargo de M. Bernardino,
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 4, BAJO,

—
1866.

EL CAMINO

DE LA DICHÁ.

NOVELA ORIGINAL

por

DOÑA ANGELA GRASSI

MADRID.

Imprenta de EL CLASICO, y calle de S. Francisco,

entre la casa de S. J. de S. J. de S. J.

1862.

EL CAMINO DE LA DICHA.

I.

La Bañeza es un pueblecillo situado en una fertilísima vega, al pié de una montaña, entre Benavente y Astorga, el cual se espeja en dos ríos bastante caudalosos, el Orbigo y el Duerna.

No se puede decir que la circuyen campos de flores y hermosos bosquecillos, porque todo su término es un verdadero mar de follaje, verde y lozano, que apénas permite divisar la bóveda del cielo.

Es imposible que la mente conciba un lugar más delicioso: allí siempre cantan las avecillas, siempre suspira la brisa, siempre se escuchan los blandos murmullos de mil arroyos, que se deslizan cual culebras de plata entre la yerba, pues

aunque la temperatura en general es húmeda y fría, está tan bien defendido por el espeso y entrelazado ramaje de los árboles, que el cierzo y la lluvia pierden al llegar allí toda su fuerza.

¡Ah! ¡cómo es posible tener un corazón malvado cuando el paisaje que nos rodea es tan poético y tan tranquilo! ¡Cómo es posible sentir el vértigo de pasiones turbulentas cuando el aura es suave, suaves los gorjeos de los pajarillos, suaves los ecos que repiten nuestros cantos!

Bajo aquel sereno cielo, en aquel escondido asilo de la paz y la alegría, apenas se comprende que pueda ocultarse el vicio; en efecto, los pocos habitantes de la Bañeza son morigerados en sus costumbres, y su existencia se desliza apacible y uniforme, trasmitiéndose sin interrupción de padres á hijos las sencillas virtudes de sus antepasados.

Mas ¡ay! no siempre brilla el sol en el sereno ambiente, y en 1843 una gran catástrofe cubrió de luto y desolación aquella feliz comarca.

Era una tarde del mes de Enero: la lluvia caía á torrentes, y hacía muchos días que llovía, anegando los campos y pudriendo las semillas en el seno de la tierra.

En una blanca casita, situada al pié del puente de madera que cruza el Duerna, tenía lugar una de aquellas escenas desgarradoras que con tanta frecuencia se representan en la vida humana.

Hacia tres dias que allí, en donde ántes reinaba una plácida alegría, la muerte desplegaba su fúnebre ropaje.

Aun no habia trascurrido un año desde que Catalina se habia casado, cuando su marido, que era albañil, cayó de un andamio, quedando muerto en el acto.

El dolor y el espanto hicieron que la infeliz diese á luz prematuramente un niño, y aquella tarde, la tercera despues del horrible acontecimiento, el buen cura del lugar habia suministrado á la viuda los divinos auxilios, porque estaba próxima á ir á reunirse con su marido en la mansion bienaventurada de aquellos que han apurado el cáliz de su desdicha.

Por fortuna, la caridad en Bañeza es un sentimiento tan espontáneo, como lo son las flores que producen sus collados. Veinte madres se presentaron para amamantar al tierno niño, y el lecho de la moribunda estaba sin cesar rodeado de personas caritativas, que la prodigaban con solícito anhelo sus cuidados.

Sin embargo, como se acercaba la hora de la cena, las vecinas se fueron retirando una á una, quedando solos una jovencilla que, por su traje y sus modales, parecia no pertenecer á la clase de aldeana, y un hombre que, aunque no ostentaba la robusta hermosura de los campesinos, tenia un rostro dulce y simpático, y sus ojos lanzaban rayos de melancólica ternura.

Tal vez contribuía á esto su posición, porque era muy pobre, y hasta cierto punto muy desgraciado.

Juan era hijo de un labrador, cuyo único patrimonio consistía en su jornal. Su madre había muerto al darle á luz, y tuvo la desgracia de perder también á su padre, cuando apenas contaba quince años. Para colmo de desdicha, su constitución delicada le había impedido entregarse al rudo trabajo de los campos, y aunque sabía leer y escribir, y servía de pasante al maestro de la escuela, con esto ganaba apenas lo estrictamente necesario para su subsistencia.

Su aislamiento, su falta de salud y la imposibilidad de mejorar de suerte, le comunicaban aquel aire de tristeza dulce y resignada, porque dulce y resignada era su alma.

Juntábanse á estas desventajas la de su figura, porque Juan, que era alto, pálido y un poco echado hácia adelante, pasaba por muy feo á los ojos de aquellos fornidos aldeanos, y esta creencia general aumentaba su timidez y encogimiento.

Su compañera, por el contrario, era la joven más hermosa y que podía considerarse más rica en el lugar, sólo que era necesario que adquiriese su riqueza al precio de un casamiento, que tal vez no llenaba las aspiraciones de su alma.

Petra, huérfana de un antiguo militar, vivía en casa de un tío suyo, acomodado labrador de

La Bañeza; y como era efectivamente muy hermosa, habia visto saludado su paso de la adolescencia á la juventud por infinitos adoradores, cuando á otro tio suyo, canónigo, le dió la peregrina idea á la hora de la muerte de dejar embrollados los asuntos de los vivos.

En su testamento dejó por herederos de todos sus bienes á Petra y á su primo Calixto, hijo del labrador que la habia acogido en su horfandad, con la precisa condicion de que debian casarse. Si cualquiera de los dos faltaba á esta cláusula, la herencia debia pasar por entero al otro.

Con esto los muchachos dejaron de cantar á la puerta de la hermosa jovencilla, y de llenar de flores la reja de su ventana.

Entónces Petra comprendió que la fortuna no era la felicidad, y su carácter alegre se trocó en grave y meditabundo.

Sin embargo, era, como Juan, cándida, dulce, modesta y buena, y como él acudia siempre solícita al llamamiento del dolor, resultando de aquí que nunca dejaban de encontrarse á la cabecera del lecho de los tristes moribundos.

Aquella tarde, Juan estaba sentado junto á la ventana, mirando con ojos distraidos el rápido curso de las aguas, y Petra tenia en sus brazos el recién nacido, cuyos vagidos y los ayes de la moribunda, eran los únicos que turbaban el silencio.

De pronto la jóven puso al niño en la cama

junto á su madre, y fué á sentarse en el poyo de la ventana.

—¿Estás triste, Juan? le dijo con dulcísimo tono cogiéndole la mano.

—¡Oh sí, muy triste! Pienso en mi madre... ¡Ah! ¡si tuviese á mi madre me amaría!...

—¿No te aman todos en el pueblo?

El jóven inclinó la cabeza sobre el pecho, pero no pudo ocultar una lágrima que se deslizaba sobre su mejilla.

—¿No te aman todos en el pueblo? repitió Petra con voz aún más dulce que la vez primera.

El jóven guardó silencio.

—Perdóname, dijo al cabo de un instante, ¡soy un loco! Esas nubes tan tristes que se amontonan en el cielo, no sé que influencia tienen sobre mí... ¡Deseo llorar! tengo el corazón lleno de lágrimas.... Pero hablemos de cosas más alegres, repuso interrumpiéndose: ¿cuándo es tu boda?

—¡Nunca! respondió Petra vivamente; y sus mejillas se cubrieron de carmin. ¡Nunca! añadió sonriendo, porque Calixto no es amigo de los pobres!

Luego prosiguió, estrechando con ternura la mano del jóven.

—¡No estés triste, Juan! ¡Cuando salgamos de aquí iremos á la Iglesia, á rezar juntos una salve por nuestros buenos padres! ¡Hace tanto bien el rezar cuando son dos los que rezan! ¡Hace tan-

to bien el llorar cuando son dos los que lloran!

Y Petra, para ocultar su emocion, volvió al lado de la enferma.

Así que vino la buena mujer que debía velar aquella noche, la jóven enlazó su brazo al de Juan, y le condujo á la iglesia.

Ambos oraron mucho y con fervor.

Cuando salieron del templo, las mejillas de Petra estaban humedecidas de lágrimas.

—¿Por quién has rezado tú, despues de rezar por tus padres? preguntó á su compañero.

Y sin aguardar respuesta, prosiguió en voz baja:

—¡Yo he rezado por tí, Juan, para que Dios te haga muy dichoso!

El jóven se sintió sobrecogido por una felicidad tal, que sus labios no acertaron á balbuciar ningun acento.

Llegaron á la casa de Petra.

—Adios, Juan, le dijo esta. ¡Ojalá que mañana te halles más alegre que hoy, porque me descon-suela tu tristeza!

Y se alejó corriendo, internándose en el ancho portalon.

Juan se quedó inmóvil largo tiempo en la puerta, luego se dirigió paso á paso á su humilde vivienda, en donde habitaba en compañía de una buena anciana, llamada Brígida.

—¿Quieres cenar? le preguntó ésta.

—Nó, dijo el jóven con dulzura, podeis acos-

taros. Yo tengo frío, voy á echar algunas ramas en el hogar y á calentarme un poco.

—¿Pero por qué no quieres cenar?

—No tengo gana.

—Yo creo que andas enamorado.

Las mejillas del jóven se cubrieron de púrpura, y Brígida se dirigió á su cuarto sonriendo con malicia.

Juan respiró más libremente al verse solo.

Encendió el hogar, y cuando vió que chisporroteaba la leña, despidiendo una brillante llamarada, se sentó, permaneciendo largo tiempo meditando, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos en el cielo.

¿En qué pensaba? Juan no queria confesárselo ni aun á sí mismo.

Veía la bella imágen de Petra revoloteando en torno suyo.

Veíala encender el fuego, disponer la cena, colocar la mesita de pino junto al hogar, cubriéndola con un mantel blanco como la nieve, é ir y venir cantando, riendo, y fijando en él miradas de dulcísima ternura. A veces veía cerca del hogar una cuna, en donde dormía un niño, otras veces le parecía que la jóven madre depositaba en sus brazos el tierno emblema de sí misma, confundiéndose los tres en un estrecho abrazo.

Cuando su bello ensueño llegaba á este punto, sentía una sensacion tan profunda, que volvía

en sí sobresaltado, y se avergonzaba de su loco pensamiento.

En efecto, ¡cómo habia podido hacer de Petra, hermosa, rica y adulada, el ídolo de sus sueños! ¿cómo, cuándo, de qué modo, se habia encendido en su pecho aquella fatal hoguera?

Pero las flores brotan en los campos: ¿por qué brotan?

Juan habia sido el compañero de infancia de la dulce niña, y luego su maestro, porque nadie en el pueblo leia tan bien como él, ni tenia letra tan hermosa.

El pobre jóven no sabia cuándo habia empezado á amarla, pero la amaba tanto, que hubiera dado mil vidas por una sola sonrisa suya. ¡La amaba! ¿pero cómo no amarla si era tan buena, tan candorosa, si le recibia siempre con dulzura, siempre le prodigaba palabras de consuelo? ¡Oh! ¡con qué placer recordaba Juan los juegos infantiles que habia compartido con ella! ¡Cuántas veces habian perseguido juntos las brillantes mariposas, cuántas veces habian ido juntos á ofrecer sus ramilletes á la Virgen, como hacen en Bañeza los amantes jovencillos!

Pero ahora todo habia cambiado. Ahora era un hombre; y ¿qué podia ofrecerla él, pobre, él, enfermo, él, sin porvenir, sin esperanza?...

Cuando este pensamiento se ofrecia á su memoria, sentia que un hierro ardiente le torturaba

el corazón, y que se agolpaban á sus ojos lágrimas de fuego.

En aquel instante no se acordaba de nada de todo esto. Petra había estado tan cariñosa con él aquella tarde, que su dulce voz zumbaba aún en sus oídos, anegando su espíritu en un océano de ventura.

En aquel instante dejaba vagar su fantasía, acariciando con embriaguez la felicidad que no le estaba reservada.

Sumido en aquella grata semnolencia, no se daba cuenta del trascurso de las horas, hasta que volvió en sí bruscamente, sobresaltado por un sordo y lejano rumor, que se iba acrecentando por instantes. Hacía tiempo que lo oía sin fijarse en él; pero vuelto á la realidad de la vida, prestó atención y sintió un estremecimiento profundo é inexplicable. Era un rumor siniestro que nunca había llegado á sus oídos. No era el de las hojas azotadas por el huracán, no era el de la lluvia que chocaba contra las piedras, era un rumor misterioso que arrancaba lúgubres ecos á los montes....

Juan tuvo miedo. Los alegres fantasmas que revoloteaban ántes en torno del hogar, se volvieron fatídicos espectros, que clavaban en él sus torvos ojos. Hasta la llama que se había ido extinguendo gradualmente, esparcía en torno una claridad siniestra....

Juan sintió que se le erizaban los cabellos, y

durante algunos momentos permaneció clavado en su asiento, y tan adherido á la pared, como si quisiera hendirla para ocultarse dentro de ella.

Pero el extraño rumor crecía siempre y se acercaba....

El jóven se santiguió, cerró los ojos, y haciendo un supremo esfuerzo, corrió á la ventana.

¡Oh! ¡qué espantoso cuadro se ofreció á su vista!

El Duerna, engruesado por las lluvias, habia roto su cauce, y se desbordaba impetuosamente por la llanura, arrastrando entre sus olas cuanto hallaba al paso.

Las casas más próximas al rio estaban casi sumergidas, y el torrente avanzaba rugiendo, y amenazando inundar toda la aldea.

Juan, lleno de terror, salió de la casa, corrió á la sacristía, dió apresurados golpes á la puerta, y apénas el sacristan le hubo abierto, cuando se abalanzó á la torre y tocó á rebato.

Despertáronse sobresaltados los vecinos, y bien pronto mil ayes de espanto y desolacion se mezclaron al rugido creciente de las aguas.

¡Oh! ¡cómo pintar aquella desgarradora escena!

Hombres y mujeres, medio desnudos, corriendo aquí y allá, atropellándose unos á otros para buscar su salvacion ó la de los objetos queridos de su alma.

La noche era oscura, la confusion espantosa,

Los más intrépidos encendieron hachones; pero su luz, poniendo de manifiesto el peligro, aumentó el terror en vez de disiparlo.

Aquí son padres que se descuelgan por las ventanas, llevando en sus brazos á sus hijos pequeñuelos; allá esposas que llaman con tristes alaridos á sus esposos, perdidos ó anegados; más allá son ancianos, que cruzan vacilando por los aleros de los tejados, próximos á caer en las espumosas olas del torrente, que allí, por donde pasan, siembran desolacion y ruina, arrastrando consigo los rústicos muebles, los aperos de labranza, las escasas provisiones del pobre y las preseas de los ricos, sus mulas, sus rebaños....

Niveladoras de todas las fortunas, las aguas corren, corren, avanzan, turbias y ensangrentadas....

¡Ay desdichada aldea! ¡Cuando vuelva á salir el sol, ya no alumbrará tu ventura! ¡Un instante, un solo instante, lo ha cambiado todo....

¡Oh dicha de la tierra! ¿quién te busca? ¿quién te ansía?

En medio de la confusion general, en medio de tantos actos de heroismo y caridad como se practicaron durante aquella noche memorable, una sola casa habia sido olvidada, la más expuesta de todas.

Era la de Catalina.

El rio se habia llevado el puente de madera, sobre el cual se apoyaba, y la casita habia des-

aparecido casi completamente debajo de las aguas.

¡El amor maternal galvaniza hasta un cadáver!

Catalina y la pobre mujer que se había quedado á velarla, estaban asomadas á la ventana más alta, dando lastimeros gritos.

Catalina, casi desnuda, desmelenada, mostraba su hijo á la multitud, pidiendo para él compasion y amparo.

—¡Una balsa, pronto una balsa! exclamó el buen cura con las lágrimas en los ojos, dirigiéndose á los que estaban agrupados junto á él. ¡Ofrezco cuanto poseo al que intente salvarlos!... ¡Ah! ¡que no sea yo jóven! ¡Quién se atreve, hijos, quién se atreve?

Todos guardaron un profundo silencio. La casa estaba completamente cercada de agua, y la avenida era tan impetuosa, que buscaba una muerte cierta el que surcase sus embravecidas olas....

—¡Ay, la casa se va á desquiciar! repetía el venerable anciano. Dios mio, Dios mio, ¡quién tendrá piedad de esas desdichadas!

—¡Yo! dijo Juan abalanzándose en medio del círculo.

Un murmullo de sorpresa se escapó de todos los labios.

Juan, durante aquella noche, se había mostrado sublime de caridad y abnegacion; Juan ha-

bia arrancado cien víctimas á la muerte; pero aquella empresa envolvía tanto ardimiento, que los circunstantes apenas podían dar crédito á su oferta.

—¡Yo! ¡yo! repitió el jóven con entusiasmo, ¡yo!

Prepararon una balsa.

Juan, con las mejillas inflamadas por el fuego de caridad que abrasaba sus entrañas, con los ojos resplandecientes por la fé que electriza á los soldados de Cristo, se lanzó en la balsa.

¡Oh! ¡cuán hermoso estaba!

El intrépido jóven lucha y relucha con las embravecidas aguas.... Aquí el fragil leño se sumerge, y todos sueltan un grito de espanto; allá vuelve á remontarse, y es un grito de inmenso júbilo el que le acoge; pero más allá vuelve á sumergirse, y la consternacion se pinta en todos los semblantes....

—¡De rodillas, hijos, de rodillas! grita el cura.

Todos se arrodillan, todos oran con fervor....

También ora la madre desolada, que ve pendiente de una gota de agua la salvacion de su hijo....

¡Oh! ¡qué momentos de indefinible angustia! los ojos no pestañean, los corazones no palpitan.

Pero aquellas fervientes preces debieron subir al trono del Eterno, porque Juan gana al fin á fuerza de remos la mitad del rio, espera que las dos mujeres se deslicen en la barca á favor de

una cuerda, y luego vuelve á remar con más fuerza. Aunque zozobrando, la fragil barca se sobrepone al ímpetu del torrente.... se acerca á la orilla.... ya llegá.... ya la toca.... ¡está salvada!....

—¡Dios, Dios! exclamaron todos levantando las manos al cielo, ¡Dios!....

Y mientras la pobre enferma caía desmayada en brazos de las mujeres, que se abalanzaron á sostenerla, el cura decia á Juan estrechándole en sus brazos:

—¡Hijo! ¡hijo! ¡cuanto poseo es tuyo! Tuya será tambien la suma que junten entre todos estos buenos labradores....

—¡Ah, señor! exclamó Juan con las mejillas enrojecidas de vergüenza, yo no pido, yo no quiero nada. ¡Si lo que he hecho merece alguna recompensa, dadme á este pobre niño!... ¡Si Catalina muere, yo le serviré de padre!...

II.

Nada basta á detener la rápida marcha del tiempo, ni penas, ni alegrías. Indiferente á las miserias de los hombres, pasa como una exhalacion por encima de la choza donde se llora y del palacio donde se rie, llevándose las lágrimas y las risas, para dejar en cambio la impalpable nada, el desconsolador olvido.

Aunque lloraban todavía en Bañeza muchas familias, los verdes tallos del trigo que rompian ya el seno de la tierra, y los frutos que se balanceaban entre el espeso follaje de los árboles, infundian en todos los ánimos consuelos y esperanzas.

Además, el alegre sol de mayo tendia por todas partes sus hermosos rayos de oro. ¿Y quien puede estar triste, cuando brilla el sol y renace la primavera?

Catalina habia muerto, y Juan tenia un hijo: un hijo sobre el cual derramaba todos los tesoros de su apasionado corazon.

Extraño casi al mundo, parecia haber fijado

en el huerfanito su existencia, y solo le arrancaban una sonrisa sus inocentes sonrisas. ¡Oh! ¡con qué ardor trabajaba ahora que existía otro sér á quien debia consagrar sus fatigas! ¡Ya no estaba solo! ¡Su hogar no estaba desierto!

Por las noches ponía la cunita junto al fuego, y pasaba á su lado horas deliciosas, meciéndole y acariciándole. La mitad de su sueño se habia realizado.

Es verdad que junto al hogar faltaba la madre tierna y bondadosa; pero Juan, resignado siempre, invocaba á la Virgen María, que es la madre de los huerfanitos.

Cuando volvía de la escuela, si el tiempo estaba apacible, era de ver cómo Juan cogía al niño entre sus brazos y le llevaba bajo las sombrías alamedas del rio, murmurando en su oído tiernas y melancólicas canciones. Otras veces se sentaba debajo de un árbol, permaneciendo allí horas enteras, inmóvil y silencioso, para no interrumpir el sueño del ángel que dormitaba en su regazo.

Más celoso que la más celosa de las madres, no quería que el huerfanito debiese á nadie su subsistencia y los cuidados. No quería que las caritativas mujeres de Bañeza le diesen el pecho, ni que le regalasen algunas prendas de su atillo, sino que pagaba una nodriza, fresca, rubia, sonrosada, y no cabía de gozo cada vez que su niño podía estrenar una gorrita nueva ó una nueva alda.

La caridad es ingeniosa, y como no bastaba su mezquino haber para subvenir á tantos gastos, por la noche hacia cestitas, que vendia á buen precio los domingos.

Es verdad que con este excesivo trabajo se menoscababa visiblemente su salud; pero Juan no se paraba en esto. Juan tenia un alma formada de amor y abnegacion, y le era necesario el sacrificio para poder vivir.

Una aguda pena moral contribuia tambien á su mal estado.

El rumor de la próxima boda de Petra con Calixto se iba robusteciendo cada vez más, y fijaba el dia de la ceremonia, y hasta algunas mujeres de las que quieren saberlo todo, pretendian haber visto ya los muebles y las galas.

Juan, á cada una de estas noticias, se iba apartando más del trato de sus amigos, encerrándose en su casa, en donde podia llorar libremente sin que nadie le pidiese cuenta de sus lágrimas.

Un dia, un domingo, mientras los jóvenes bailaban en la plaza, Juan dejó á su niño encomendado á los cuidados de Brígida, y se dirigió con lento paso á la ermita de la Virgen.

Esta ermita está situada en la cúspide de un otero, y al lado del edificio hay una roca perforada por los dos lados y ahondada en el fondo.

Era costumbre inmemorial en el pueblo que los jóvenes y las jóvenes echasen allí sus ramos.

cuando querian que la Virgen protegiese sus amores, sólo que los jóvenes arrojaban su ofrenda por el agujero anterior, y las jóvenes por el posterior, á los cuales conducian dos caminos diferentes. Estos dos caminos estaban tan cubiertos de follaje, que era imposible divisarse los unos á los otros.

Juan, pues, se dirigió á la ermita. Estaba más débil, más pálido que nunca, y apenas acertaba á sostenerse. Iba triste, cabizbajo, y recogiendo todas las florecillas que encontraba al paso.

Cuando llegó á la ermita, se sentó en una piedra y formó un hermoso ramillete. Despues se dirigió con lento paso al agujero, pero se detuvo antes de arrojar su ofrenda. ¡Ay! ¡cuántas veces cuando niño habia ido allí con Petra, y sus dos ramos habian caido á la par en la profunda sima!

¿Qué es lo que pedian entónces al cielo sus anhelantes corazones?

Juan se pasó la mano por los ojos, hizo un supremo esfuerzo, y arrojó su ramillete; pero ¡oh milagro! otra mano arrojó tambien el suyo, y ambos cayeron juntos, mezclando sus perfumes.

Juan, con el corazon palpitante, impulsado por un presentimiento indefinible, dió la vuelta á la roca y soltó un grito de vergüenza, de júbilo, casi de espanto, al reconocer á Petra.

Ella tambien estaba pálida. Tambien se habian trocado en lirios las rosas de sus mejillas.

Ambos guardaron un instante de silencio, permaneciendo igualmente mudos, inmóviles, helados.

Petra fué la primera que intentó romperlo.

—¡Ah! dijo procurando sonreirse, ¿sientes acaso que mi ramillete se haya juntado con el tuyo? Sin embargo, prosiguió con tristeza, así se juntaban cuando ambos nos amábamos... ¿Qué es lo que ha cambiado desde entónces en nosotros, fuera de nosotros?

Juan bajó la cabeza ruborizado.

Hubo otro instante de penoso silencio.

—¿Tienes novia, Juan? preguntó por fin la jóven con voz temblorosa: debes tenerla cuando ofreces tus flores á la Virgen!...

Juan levantó la cabeza: en su rostro se pintaba una verdadera sorpresa.

—¡Novia yo! exclamó con candor. ¡Quién me habia de querer á mí! ¡Soy pobre, feo, estoy enfermo, y ahora.... tengo un hijo!...

Toda el alma de Petra pareció haber pasado á sus ojos: tan viva fué la expresion de júbilo con que se iluminaron.

—Entónces, dijo, ¿qué significa ese ramillete?

Juan se turbó visiblemente.

—Me han dicho, balbució con esfuerzo, que el domingo te casas.... Le he pedido á la Virgen que te haga muy dichosa....

Como es imposible ocultar el resplandor de un incendio, imposible le es al hombre ocultar la

llama en que se abrasa su alma. Imposible le es ocultar lo que sus ojos publican, lo que publican los latidos del corazón, el temblor de la voz, el estremecimiento de todos los miembros....

Petra se sintió conmovida hasta lo más íntimo de su alma: el secreto de Juan había dejado de ser un secreto para ella.... y el joven, sin saber por qué, esperaba....

Ambos callaron, ambos saboreaban en silencio las delicias de un amor correspondido, ambos confundían con embriaguez los latidos de sus apasionados corazones, oyendo zumban en sus oídos la mágica palabra: *¡eres amado! ¡eres amado!*

Luego Petra enlazó su brazo al de Juan, y juntos se dirigieron á la aldea. La tarde era deliciosa; los pajarillos suspiraban de amor entre las ramas, de amor suspiraban las trémulas aguas de las fuentes, y amor, amor suspiraba la brisa al besar el tallo de las flores. Pero más armoniosos, más ardientes eran los comprimidos suspiros que se exhalaban de los labios de Juan y de su tierna compañera.

Hay horas en la vida, aunque tan fugaces, tan deliciosas, que por ellas solas debe dar gracias el hombre á Dios de haber nacido.

Tres días despues de esta escena, Juan mecía por la noche á su niño, que dormitaba en la cuna, y miéntras la estaba meciendo, veía la imagen de Petra revolotear con tenaz empeño alrededor

del aposento. Hacía tres días que esta fantástica vision no se apartaba de sus ojos: hacía tres días que, á pesar de todas sus convicciones, oía aquella voz misteriosa, que murmuraba en el fondo de su alma: *¡eres amado! ¡eres amado!...*

Y cuanto más hacía para no prestarla oídos, cuanto más se esforzaba para no ver la encantadora imágen, con mayor obstinacion vagaba en torno suyo.

El pobre jóven, vencido siempre en la lucha consigo mismo, cerró los ojos, pero aun con los ojos cerrados la veía, la veía siempre dando vueltas á su alrededor alegre y juguetona....

Llegó á tal su alucinacion, que de pronto le pareció sentir su hálito perfumado, y que su mano se posaba blandamente sobre su espalda.

Juan dió un grito y abrió los ojos, ¡Oh! ¡segundo milagro! Petra estaba detrás de él; pero no como la habia visto hasta entónces, sino pálida, conmovida, temblorosa.

Juan cayó de rodillas y tendió hácia ella las manos.... ¡Creía tener delante de sí una misteriosa aparicion!...

Pero la fantasma habló.

—Juan, dijo con voz dulce y melancólica, tú no has querido subir hasta mí, y me veo precisada á descender hasta tí.... ¡Vengo á decirte que te amo, Juan!...

Que tu hijo necesita una madre.... que tú,

pobre enfermo, necesitas una esposa.... ¿quieres ser mi marido?

Juan cayó hácia atrás y perdió el conocimiento.

Cuando lo fué recobrando, vió á Petra arrodillada junto á él, procurando volverle á la vida con el bálsamo de sus lágrimas. Juan alargó tímidamente la mano para tocarla.... ¡Oh! ¡cómo no se volvió loco de júbilo!... ¡Era ella!...

—Te amo, Juan, te amo, le decia la jóven con la voz dulce y sublime de los ángeles.... te he amado siempre, pero yo no lo sabía.... Lo supe en aquel momento en que te lanzastes á las aguas, arriesgando tu vida por salvar á la pobre viuda; lo supe cuando te oí pedir por única recompensa de tu heroismo adoptar al huerfanito.... un corazon como el tuyo, Juan, vale más que todos los tesoros de la tierra.... ¡Si me dieran á escoger entre tí y el rey de España, aunque tú estuvieras pobre, enfermo, moribundo, cien veces, cien mil veces rechazaria al rey para enlazar tu brazo con mi brazo, para tener el derecho de velar tu último sueño!....

He renunciado á mi boda con Calixto, y por lo tanto, á mi parte de herencia.... Ahora ya soy pobre como tú, ya sólo poseo por único recurso el fruto de mi trabajo.... ¿Quieres que unamos nuestros esfuerzos, Juan? ¿Me aceptas para que sea la madre de tu hijo?

El jóven no respondió, pero sus ojos estaban

inundados de lágrimas. Se postró ante ella, y la adoró como se adoran á los ángeles del cielo....

Al domingo siguiente, Juan, feliz y orgulloso, fué á misa mayor, llevando del brazo á su esposa, tan feliz y tan orgullosa como él.

Pero por la noche, cuando ambos se retiraron á su casita, tan pobre, tan falta de provisiones, Juan sintió que un amargo desconsuelo invadía su corazón.

Hubiera querido ofrecerla un palacio, y sólo tenía una choza miserable.... ¡Ah! ¡si este tormento no hubiese emponzoñado su ventura, hubiera sabido lo que eran las beatitudes eternas!

Sin embargo, á la mañana siguiente se levantó muy temprano. Estaba seguro de que su dicha se la debía á la milagrosa intercesion de la Virgen, y se dirigió á la ermita para dar las gracias.

Iba triste y preocupado, y volvió alegre y triunfante. Petra se sorprendió al verle entrar con la frente erguida y el ademan alborozado.

—¡Mira! ¡mira! exclamó enseñándola un bolsillo lleno de oro.

—¿Quién te lo ha dado? preguntó Petra sobresaltada.

—Nadie. ¡Dios!...

—¿Pero cómo?

—Lo he encontrado junto al altar de la Virgen....

—Pero será preciso volverlo á su dueño....

—El bolsillo está bordado, no es de nadie de los del pueblo, estoy seguro.

—¿Qué importa? será preciso devolverlo.

Juan inclinó la cabeza sobre el pecho; su brillante sueño se disipaba, y la conciencia y la razón recobraban en él todo su imperio.

—Vamos á ver al buen cura, murmuró, él nos aconsejará lo que debemos hacer para encontrar al que lo ha perdido.

Ambos echaron á andar.

El anciano escuchó con enternecimiento su sencillo relato, aprobó su honrada resolución, y prometió ayudarlos en sus pesquisas.

Pero á pesar de haber pregonado el hallazgo en el pueblo y en los pueblos circunvecinos, se pasaron seis meses sin que nadie se presentara á reclamarlo,

Y entretanto, Petra y Juan ganaban con el sudor de su frente y á duras penas, su escaso sustento y el sustento del pobre huérfano.

Un día el cura los llamó.

—Hijos, les dijo, he practicado todas las diligencias imaginables para saber á quién pertenece el bolsillo, y no he obtenido ningún resultado. ¿Quién sabe si ha sido un milagro de la Virgen bondadosa?

Es, pues, mi opinion, que compreis algunas tierrecitas á nombre de su dueño desconocido, y si éste pareciese algun dia, podreis devolverle con creces su dinero.

Hízose cuanto el buen cura decia: compraron algunas tierras, y depositaron en las manos del venerable sacerdote la escritura, firmada por un escribano.

Juan se hizo labrador, y desde entónces la prosperidad entró en su pobre choza; y fué tal su fortuna, que no hubo campos tan lozanos como sus campos, árboles tan cargados de frutos como sus árboles, ni ovejas tan fecundas como sus blancas ovejuelas.

III.

Habíanse pasado veinte años. En una noche oscura y tempestuosa, un viajero extraviado iba buscando el camino del pueblo. Vió á lo léjos un labrador, y le llamó. Era Juan.

—Amigo, le dijo, ¿podrías indicarme el camino para llegar á algun sitio habitado por hombres?... La diligencia ha volcado ahí bajo, y miéntas mis compañeros estaban gimiendo, yo he querido adelantarme y me he perdido.... ¿En dónde estamos?

—Muy cerca de la Bañeza. Yo os guiaré, seguidme.

—Este pueblo es fatal para mí. Hace muchos años, pasando por este lugar, perdí un bolsillo lleno de oro. Es verdad que no sé si debo lamentarme por esa pérdida, porque entónces yo era un calavera completo, y el hallarme sin recursos me obligó á obedecer á mi familia, embarcándome en un navío que me condujo á América, en donde he hallado la fortuna.

—¿Recordais la fecha de ese suceso?

—En 1843, y aun me parece que fué tambien en el mes de Mayo, como ahora....

—Y cuando estuvisteis aquí, ¿entrasteis en la ermita?

—Sí, me dió la idea de visitar una ermita muy pintoresca que hay en estos alrededores, y aun recuerdo que no sé lo que sentí al hallarme delante de la Virgen, que la pedí de todo corazón que me apartase del mal camino. Pero hé ahí sin duda el pueblo.... veo brillar algunas luces entre el follaje.... Espero que completareis vuestra obra indicándome una posada.

—Vendreis á vuestra casa, señor, respondió Juan conmovido.

Pronto llegaron á una de labranza, que debia ser de las mejores del pueblo, tanto por su apariencia, como por el bienestar que se notaba en su interior.

—Encended un buen fuego, dijo Juan á los criados, y preparad una buena cena. Todo será poco para obsequiar á nuestro huésped. Perdonad, añadió dirigiéndose al forastero, voy á avisar á mi mujer. Mis hijos os harán compañía. ¡Pedro, Teresa, Dionisia!...

La que ántes acudió á su llamamiento, fué una bella niña, tan bella como un boton de rosa que se entreabre para recibir el primer rayo de la aurora.

Siguiéronla dos jovencillos y dos niños. Los

cinco besaron respetuosamente la mano de su padre, y le prodigaron mil caricias.

—¿Son todos hijos vuestros? preguntó el forastero.

—Todos, porque aunque éste no me debe el sér, respondió Juan acariciando la rubia cabeza del mayor, le quiero como á un hijo y él me quiere como á un padre: ¿no es verdad, Dionisio?

El jovencillo se amparó nuevamente de su mano y la cubrió de besos. Al punto los otros, aguijoneados por una tierna emulacion, le cogieron la otra y tambien se la besaron.

—¡Soy muy dichoso, dijo el buen padre vivamente conmovido, me aman como los amo!...

—¡Oh, sí, muy dichoso, exclamó el viajero con tristeza!

¡En cambio yo estoy solo en el mundo!... ¡Tengo oro! ¿para qué sirve el oro sin la felicidad del alma?... ¡He pasado una vida borrascosa, y ahora me voy acercando á la vejez sin tener quien me ame ni quien bendiga mi nombre!

—¿Cómo os llamais?

—Gerardo Lopez.

—Pues bien, D. Gerardo, desde hoy no os faltarán bendiciones.... Pero voy á llamar á mi esposa.

Cuando volvió con Petra, halló al huésped dulcemente entretenido con la charla de sus hijos.

La hermosa jovencilla de otro tiempo se ha-

bia convertido en una hermosa matrona. Petra recibió al forastero con tal cordialidad y agasajadora finura, que éste quedó completamente embelesado.

La cena fué alegre. Cuando Gerardo se levantó para retirarse á su aposento, dijo á Juan con entusiasmo:

—Vuestra esposa es un ángel, vuestra hija mayor es encantadora, vuestros hijos son unos jovencillos prudentes y entendidos.... ¡Oh! ¡cuán bien, cuán bien debe pasarse aquí la vida!

Aunque los sueños que le embargaron durante la noche fueron gratos, Gerardo se despertó muy temprano y se asomó á la ventana.

El alegre sol de Mayo devolvía su lozana frescura á las plantas abatidas por la tempestad del día anterior. El paisaje era delicioso.

—¡Oh! ¡qué bello y sorprendente panorama! exclamó el viajero: ni los vírgenes bosquecillos de la América han ofrecido nunca á mis ojos un encanto más suave que esos bosques lozanos y floridos que cubren las laderas.... ¡Qué silencio, qué majestad! ¡En ninguna parte han visto mis ojos un cuadro tan poético y apacible!... ¡No sé, tal vez las gratas impresiones que han producido anoche en mi alma esta familia patriarcal, son las que cubren con un mágico prisma estos contornos!...

Pero he ahí á los dos hijos mayores, que están preparando sus mulas para salir al campo.... he

ahí á los dos pequeñuelos, que reunen su rebaño! ¿Quién está en el huerto recogiendo en su cestita los frutos aún cubiertos de rocío? ¡Ah, es Teresa! ¡Qué niña tan dulce y encantadora! ¡Qué inocencia, qué paz resplandece en su semblante!

— ¡Ahí está la madre, dando con voz suave y melodiosa sus órdenes á los criados: parece una reina en medio de su córte. ¿Qué es esto? ¿en dónde estoy? ¿Pertenece estos séres á la comun raza de los hombres tan turbulentos, tan inquietos.... tan sórdidos y avaros?...

Pero he ahí á Juan.... viene corriendo y trae unos papeles en la mano....

En efecto, Juan entraba por la puerta del patio, bañado en sudor, y gritaba á sus hijos.

—Quitad el arado, dejad descansar las mulas, y vosotros confiad el rebaño á Tomasillo. Hoy es día de fiesta para nosotros, y debeis permanecer aquí para obsequiar á nuestro huésped. Teresa, vé á ver si se ha levantado, y dile si quiere dar una vuelta conmigo ántes de almorzar.

Cuando la niña, encarnada como una cereza, llegó al umbral del aposento de Gerardo, éste la salió al encuentro, diciéndola mil frases ligeras.

Gerardo era un hombre de cuarenta años, pero de gallarda apostura, rostro hermoso y finísimos modales.

— ¡Oh! ¡si me atreviese á ir á ofrecer un ramo

á la Virgen! pensaba la sencilla niña mirándole furtivamente mientras bajaban la escalera.

Juan condujo al huésped á visitar todas sus posesiones, haciéndole notar, con minuciosa escrupulosidad, el partido que se podia sacar de cada una.

A su vuelta hallaron la mesa puesta bajo el emparrado del jardin, y el almuerzo fué tan alegre como habia sido alegre la cena.

Gerardo se sentia embelesado; le parecia renacer á nueva vida; todos brindaban por él, todos le dirigian palabras de cariño.

Acabado el almuerzo iba ya á levantarse de la mesa, cuando Juan le dijo sonriendo:

—Falta aún el mejor postre, señor mio.

Petra se levantó y volvió casi al instante, trayendo en una bandeja un bolsillo vacío y los papeles que Gerardo habia visto en manos de Juan por la mañana.

Este se levantó y dijo con tono solemne;

—Ayer deciais que os faltaban bendiciones, é ignorabais que aquí, en este rincon del mundo, todos los dias rezábamos por vos, todos los domingos hacíamos decir una misa para que Dios os colmase de ventura....

¡De rodillas, hijos, de rodillas! ¡Este es nuestro bienhechor desconocido!... ¡Este es aquel á quien os enseñaba á amar desde la cuna!...

Los niños se arrojaron de rodillas; Petra se inclinó sobre aquel grupo encantador, puestas

las manos sobre las cabezas de los dos más pequeños, y dijo con dulzura:

—A vos os lo debemos todo: la educacion de nuestros hijos, la paz de nuestros viejos dias....

—Yo encontré á los piés de la Vírgen el bolsillo que perdisteis hace quince años, dijo Juan. Entónces yo era pobre, muy pobre. Os buscamos por todas partes sin poder hallaros, y el buen cura, que está ya en el seno de Dios, me aconsejó que comprase algunas tierras. La proteccion del cielo y mi trabajo las han fecundado.... he hecho algunas economías sobre el capital, y estas, si lo permitís, serán la herencia de mis hijos.... Lo demás os pertenece: he aquí la escritura que lo acredita. Esta casa, esos campos, esas viñas, todo cuanto hemos recorrido juntos es vuestro.... ¡Vuestra es tambien nuestra eterna gratitud, vuestro el eterno amor que os profesan nuestras almas!...

Gerardo no pudo responder: el llanto le sofocaba.

Aquel sublime rasgo de honradez, llevado á cabo con tan sencilla delicadeza, llenaba su alma de admiracion y entusiasmo.

Pero pasado el primer momento de estupor, se abalanzó á la mesa, cogió la escritura y la hizo pedazos.

—¡Oh Vírgen salvadora! exclamó con efusion; ¡en un milagro envolviste dos beneficios! ¡La pérdida de aquel bolsillo me volvió á la senda

del bien, y su hallazgo premió la virtud de un hombre honrado! La Virgen os lo ha dado, Juan, á ella la debeis vuestro agradecimiento. ¡Yo no quiero nada, nada, nada más que vuestro afecto!

Gerardo hablaba así, sofocado por las lágrimas, y con lágrimas le respondió la venturosa familia.

Aquel dia fué un verdadero dia de júbilo para todos, y en particular para Gerardo, que habia dado la vuelta al mundo para buscar la dicha, y la hallaba escondida entre montañas.

Era tal su alborozo, que quiso costear una funcion de gracias á la Virgen, la cual debia celebrarse en la misma ermita.

La aplazaron para el domingo, y con esto hubo una verdadera revolucion en Bañeza, porque todos querian concurrir ostentando sus mejores galas.

En la mañana del gran dia, Teresa se levantó muy temprano, corrió al jardin, cogió las flores más bellas, y cuando fué con sus padres á la ermita, se adelantó algunos pasos y arrojó furtivamente su ramo al hoyo venerando.

La funcion fué magnífica.

Al salir de la ermita, Gerardo, que iba entre Petra y su marido, les dijo sonriendo:

—Ya sabeis que soy muy rico, y que en las ciudades me esperan mil placeres; pero si vosotros quisiérais, no volveria á trasponer el círculo de estas montañas. Compraria aquí algunas fin-

cas, y viviria entre vosotros, procurando imitar vuestras virtudes.

—¡Ah señor! exclamaron Petra y Juan á la vez, ¿qué podemos hacer para conseguirlo?

—Unirme á vosotros por un lazo indisoluble. ¡Dadme á Teresa por esposa!

La niña, que iba á pocos pasos de distancia, soltó un grito de alegría. La Virgen habia aceptado su ofrenda, ¡el milagro estaba hecho!

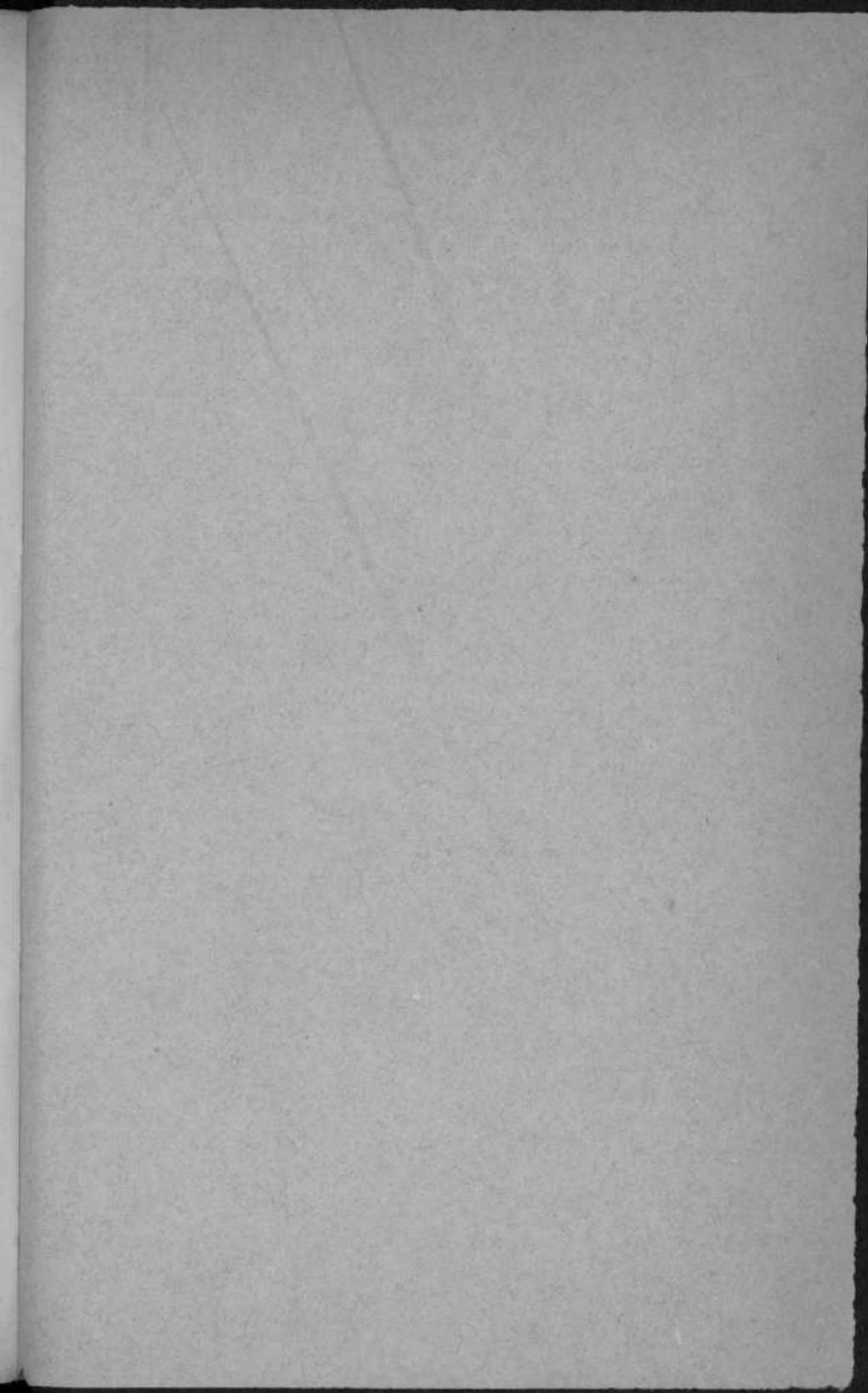
Si visitais ahora el pueblecillo de la Bañeza, y sobre todo, si lo visitais en un domingo, vereis á la derecha, situada sobre una eminencia, una hermosa casa de campo, ó mas bien un palacio, en cuyo patio se agrupan los pobres despues de misa, y en medio de ellos á Juan y Petra, rodeados de su yerno, de sus hijos y de los hijos de sus hijos, todos afanados en repartir la caridad á manos llenas.

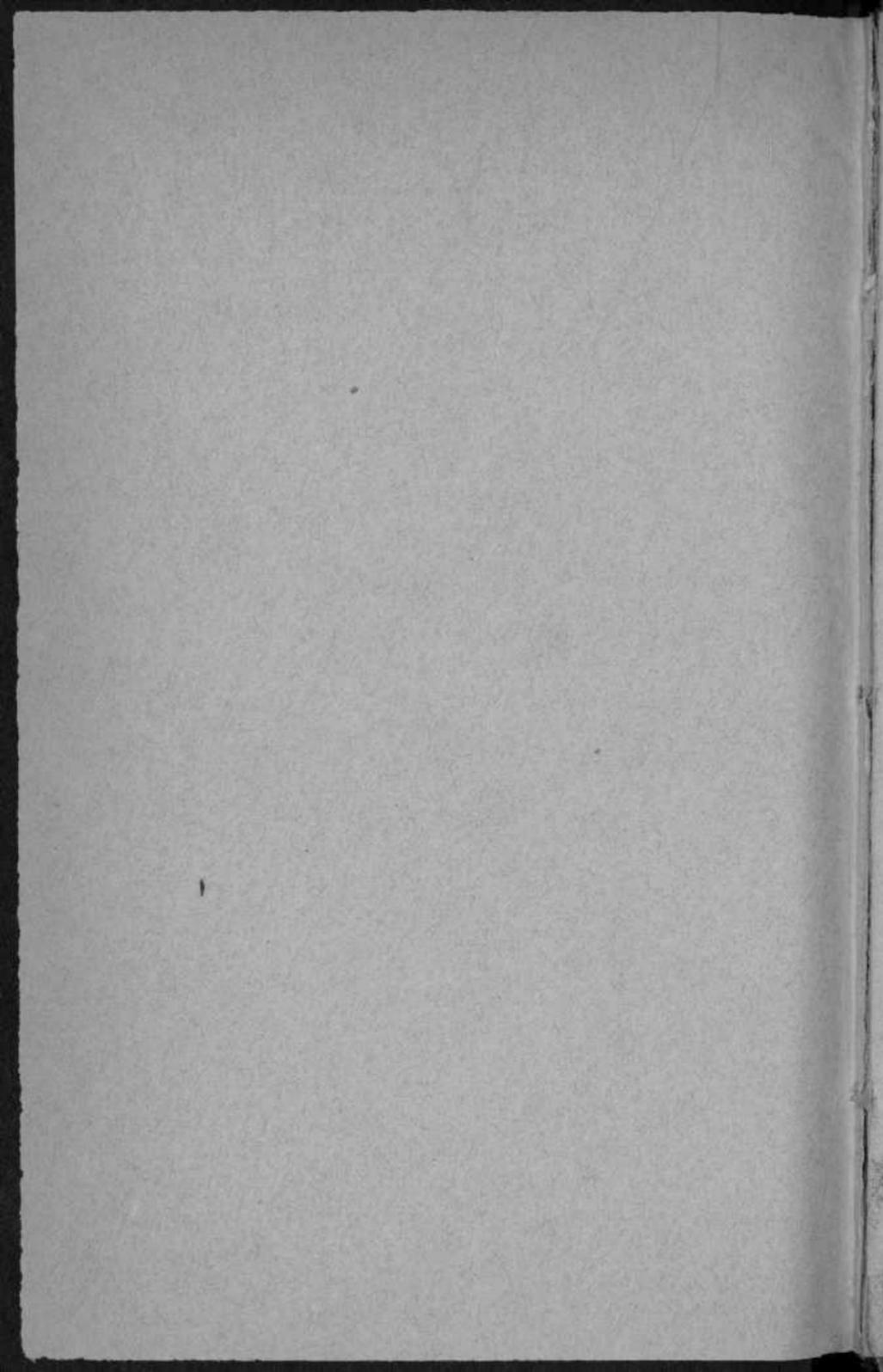
Desde que ellos son la Providencia del pueblo, la miseria y el desconsuelo son nombres que nada significan, Aquí es un padre de muchos hijos á quien adelantan trigo para la sementera; allá una mujer que los bendice por haber recibido los jornales de su marido enfermo; más allá un anciano, que les debe el descanso de sus viejos dias. A todos tienen algo que dar: al vicioso le amonestan, al triste le consuelan, al desvalido lo socorren, y por esto todos los bendicen, y no hay ecos, no hay armonías que al llegar á su puerta no murmuren bendiciones....

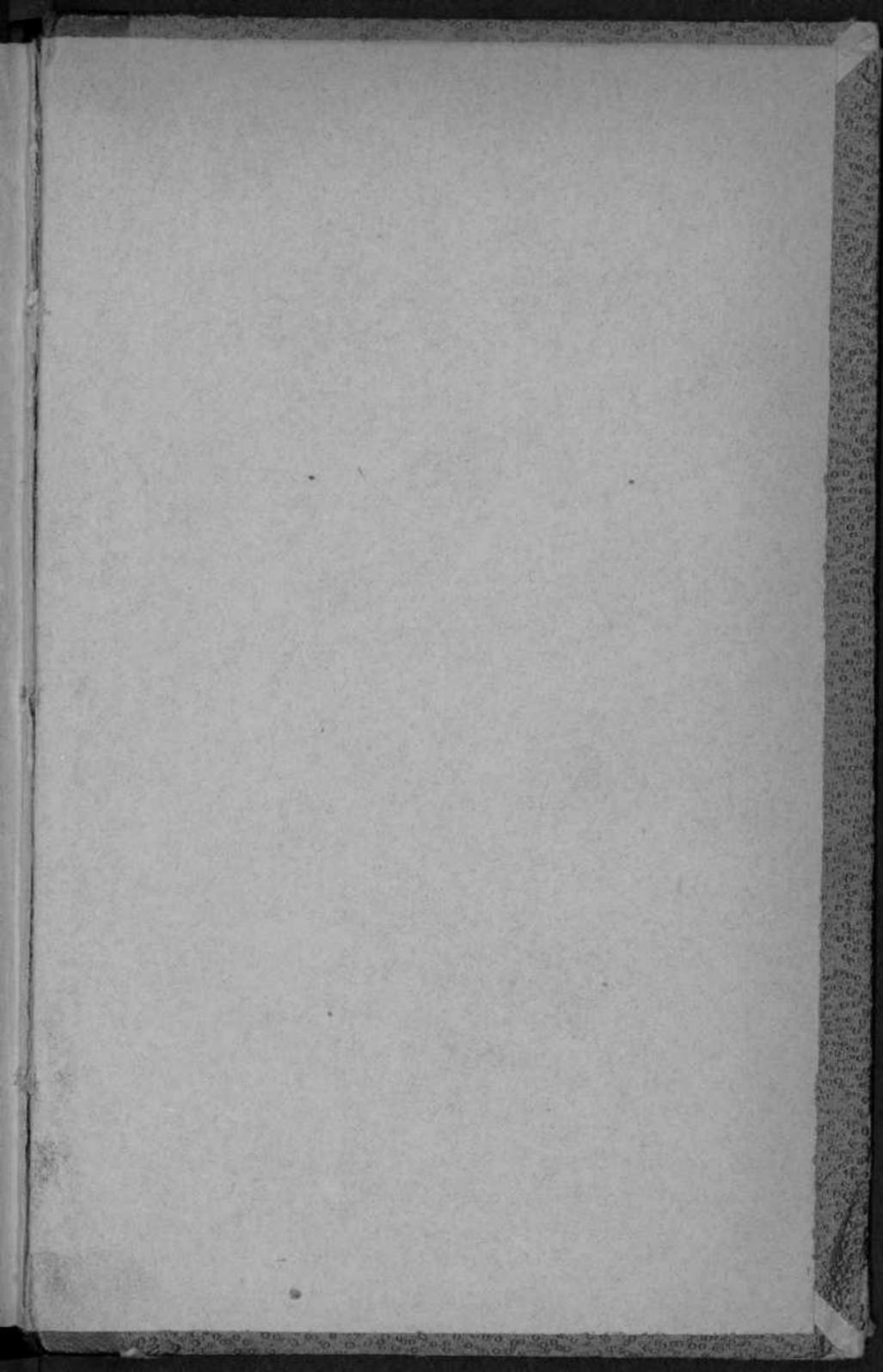
Cuando Juan enseña á algun forastero su magnífica casa, sus numerosos rebaños, sus dilatadas posesiones, ó cuando le hace el retrato de su santa mujer, que es el alma de todo esto, siempre añade con una sencillez admirable:

—Dos cosas me han producido tantas felicidades: repartir mi escaso pan con un huerfanito, y devolver lo que era suyo á su legítimo dueño!

FIN DEL CAMINO DE LA DICHA.











A. GRASI
LAS RIQUEZAS
DEL ALMA



14.831

PROVINCIA